

Guillermo Bustos (2017). *El culto a la nación. Escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870-1950*. Quito: Fondo de Cultura Económica / Universidad Andina Simón Bolívar, 408 págs.

El Dr. Guillermo Bustos, prolífico e inquisitivo historiador de la Universidad Andina Simón Bolívar – Sede Ecuador, nos ofrece otra de sus obras que en poco tiempo ha devenido imprescindible para los ecuatorianistas que estudian el tránsito entre el siglo XIX y el XX y la conformación/consolidación de los Estados nacionales en el mundo americano.

La tesis de doctorado del autor, defendida en la Universidad de Michigan, se halla en el origen de este profundo y complejo análisis historiográfico que abarca la institucionalización de la disciplina histórica en Ecuador y, a la vez, su representación a través del análisis de unos cuantos rituales de memoria. Según lo planteado por Bustos, a diferencia de otros países, en los que el origen del proceso de escritura de la historia se ubica en las universidades, la particularidad ecuatoriana reside en el hecho de que este fue llevado a cabo por aficionados y autodidactas que actuaban fuera del ámbito académico, o en paralelo a este.

Aquí reside el nudo central de la obra, ya que el autor se interpela sobre cuál es la compleja relación que en Ecuador une al historiador (profesional o no) con el saber histórico y cómo la resultante de esta relación, dependiendo de los momentos, determina qué pasado se pretende representar en cuanto «patrio», como cimiento de unión la identidad nacional entre todos los ecuatorianos, y cuál se deja en el olvido, además de cuáles son los otros actores en juego en esta ecuación (Iglesia, Estado, partidos políticos, gremios laborales, grupos populares y poblaciones indígenas, entre otros). El análisis pormenorizado de las conmemoraciones cívicas permite al lector entender primero cómo se estudió el pasado en la historiografía ecuatoriana y, por ende, cómo se escenificó en el espacio público entre 1870 a 1950.

Utilizando con soltura los aportes que provienen de la historia social, de los estudios culturales, de la sociología, de los estudios de género y de los que tratan sobre la memoria, entre otros, así como su compleja relación con la historia, Bustos logra exitosamente construir un discurso basado en tres ejes de análisis: los relatos históricos, los rituales cívicos y el patriotismo (pág. 373). Por lo que concierne a las fuentes, solo cabe recalcar que el autor utiliza un amplio abanico compuesto de narrativas históricas impresas, prensa y revistas de la época, sermones religiosos, hojas volantes, informes y decretos, entre otras.

El libro se organiza en dos partes bien definidas también en sentido cronológico: «Letrados autodidactas y culto republicano a la patria (1870-1909)» y «Académicos autodidactas, archivo colonial e hispanización del pasado (1909-1950)», con un total de seis capítulos, más introducción y conclusión.

En el capítulo inicial, el autor estudia los primeros relatos históricos de la nación elaborados y propuestos durante la segunda mitad del siglo XIX, los diferentes lugares de enunciación de aquellos relatos (pág. 48) y los métodos vigentes en aquel entonces para escribir la historia (procedimientos, fuentes,

posicionamiento de quien enuncia, entre otros), en particular, lo escrito por el abogado liberal Pedro Fermín Cevallos y por el arzobispo Federico González Suárez, y se plantea que los relatos históricos producidos, al fin y al cabo, eran funcionales en relación con su aceptación por la sociedad de la época, y en concreto, según la escritora de esta reseña, por sus capas acomodadas.

En el capítulo siguiente, Bustos se centra en ilustrar las evoluciones semánticas de los discursos patrióticos católicos y laicos entendidos ambos como discursos identitarios, tomando en consideración las modificaciones aportadas por el triunfo de los liberales en 1895, cuando trataron de fundir, simbólicamente, el patriotismo de matriz católica con el laicismo del que eran portadores y, por ende, el nuevo papel de la educación pública en el proceso.

El argumento del tercer capítulo rastrea algunas celebraciones puestas en marcha para homenajear a los «padres de la patria» (pág. 147) y crear una memoria pública de la nación (entendida como procesos compartidos entre sus miembros) y específicamente los procesos prácticos y de elaboración discursiva que se desarrollaron a raíz del centenario de nacimiento de Simón Bolívar en 1883, de la erección de la estatua de Antonio José de Sucre en 1892 y del primer centenario de la independencia ecuatoriana en 1909.

En el cuarto capítulo, que da comienzo a la segunda parte de la obra, Bustos estudia la institucionalización del saber histórico y, en la línea trazada por Bourdieu, la creación de un *campo* intelectual en el país a través de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos y de la Academia Nacional de Historia y su *Boletín*.

Sigue un quinto capítulo en el que el autor profundiza en la transformación del archivo en una estructura de carácter nacional, pero pensado y organizado sobre un implante de la época colonial, con todas las limitaciones que pueda significar en términos de saber historiográfico, de corte hispanista, y de manejo de las fuentes y acceso a los documentos, de tipo positivista. Encuentra espacio en este apartado una interesante reflexión crítica y actualísima sobre el culto al documento verdadero practicado por unos cuantos historiadores de la época. Todo ello a través del análisis de las obras de tres ilustres miembros de la Academia Nacional de Historia: Jacinto Jijón y Caamaño, José Gabriel Navarro y Julio Tobar Donoso.

En el sexto capítulo, Bustos ofrece al lector una reflexión a partir de la máxima exaltación de la hispanidad en el siglo xx ecuatoriano: las celebraciones de 1934 por los cuatrocientos años de la fundación de la ciudad de Quito, el contexto en el que se desarrollaron y las amnesias que caracterizaron la celebración. Siguen unas conclusiones de carácter general.

A través de este largo y apasionante entramado, el autor llega magistralmente a ofrecernos una novedosa interpretación sobre cómo, a partir del caso ecuatoriano, se transita de la escritura, y de la manera de escribir historia, a la representación en el espacio público de aquella misma escritura de la historia, pasando por la creación de un campo historiográfico nacional con amplios lazos internacionales inmerso en las culturas y las sociedades de la época. Todo esto no es «la Historia»; más bien se trata de una de las innumerables historias con las que se imagina el pasado patrio cuyo hilo Bustos desenreda. En suma,

sin querer desvelar más contenido, considero esta obra de Bustos una lectura necesaria para entender el pasado y el presente ecuatorianos, e interrogarnos críticamente sobre la vigencia/persistencia de los diseños nacionales en un mundo global.

Chiara Pagnotta
Universitat de Barcelona